

EL LIBRO AMENAZADO. DE FUST A FAUST

Manuel Álvarez Junco
Universidad Complutense de Madrid
bbaajun@art.ucm.es

Resumen

La invención de la imprenta está unida a la historia de Johann Fust, socio de Gutenberg, acusado de brujería al descubrirse su poder de multiplicar biblias por un medio hasta entonces impensable. La relación del nombre Fust con Faust parece ser el origen del mito que hará famoso Goethe. Aquí se realiza una reflexión, a partir de este suceso, sobre la suspicaz recepción que una civilización suele realizar con los ingenios nuevos; cómo se puede percibir cualquier creación inusitada, cómo se rechaza o cómo se acepta. Se aborda concretamente la analogía de los problemas de integración de la imprenta en el siglo XV con la recepción hoy de las nuevas tecnologías en nuestra sociedad. En particular, la amenaza que siente el mundo del libro en sus esencias a causa de la electrónica.

Abstract

The invention of the printing press is linked to the history of Gutenberg partner, Johann Fust, accused of witchcraft when he was considered to be capable to multiply Bibles by unknown means. Fust relationship with Faust name could be the origin of the myth that Goethe made famous. From this event, a reflection is made on the suspicious reception that a society often does with new inventions; how any unusual creation is accepted or rejected. This paper addresses the analogy of integration problems of printing press in the fifteen century with the ones we have today with new technologies getting in our daylife. Particularly the threat felt by the book world in its essences and foundation because of electronics.

Tags

Faust, Goethe, electronics, book, technology progress, Fust.

Los avances

Todo avance, sea científico o no, y mucho más si se pretende sustancial, exige una ruptura con lo anterior. Traspasar los límites tiene siempre su penalización y por tanto exigirá especiales condiciones porque, si no, el infractor sufrirá las consecuencias sociales.

Prometeo es un modelo griego clásico, que nos sirve de referencia para examinar el modo de conducta que una colectividad adopta ante la transgresión. Prometeo roba el fuego de los dioses, para entregárselo a los hombres. Su incorrección tendrá castigo y será condenado a que su hígado sea comido por un águila, diaria y eternamente. Finalmente su redención llegará cuando Heracles mate con una flecha al águila. Este mito muestra cómo la transgresión es inaceptable por la sociedad, pero quien demuestre que su acción incorrecta fue realizada por el bien de los demás será aceptado y salvado a pesar de su osadía.

Hoy día vivimos un enorme cambio por medio de los múltiples avances proporcionados por la electrónica. Forma parte de nosotros, aunque a pesar de la aceptación inequívoca de estos adelantos en los últimos años por la sociedad, hay muchos reproches, suspicacias y rechazos hacia este sorprendente tránsito. El mundo del libro, en particular, ve amenazado su futuro a causa de la electrónica. La sociedad culta considera a este objeto, con razón, sagrado, refugio de conocimiento y clave garantía frente a la ignorancia, compañero y guía de sabidurías, cómplice de aventuras y manual de amores y experiencias, y teme ahora su declive o, quién sabe si su desaparición.

La imprenta

Hasta que Gutenberg inventó la imprenta, diversos métodos de reproducción de textos e imágenes habían sido ideados, pero él aportó a la Humanidad una fundamental y concreta aleación que facilitaba extraordinariamente la fabricación y el manejo de tipos (que darían lugar a la desde entonces llamada Tipografía) y la posibilidad de una posterior reutilización. A su vez, Gutenberg completó su creación perfeccionando la fabricación de tintas estables con lo que se obtenía un secado rápido y eficaz.¹

Sin la imprenta, la producción de cualquier libro precisaba para cada ejemplar obviamente de un trazo y acabado absolutamente manual, de principio a fin. Cada

¹ Vega, Eugenio. "Historia de la Tipografía". "Estas novedades fueron la prensa, las tintas de base oleosa, los sistemas de punzones para la creación de letras y el sistema de tipos móviles".

letra, cada número, cada título, cada ilustración, cada viñeta y cada detalle debían, una vez esbozados, ser dibujados y resueltos con una plumilla o pincel. Por tanto, una página era algo único e irrepetible y su realización, aparte de cuidado y esmero absoluto, conllevaba la sabiduría, paciencia y tiempo de alguna persona altamente especializada en esa labor, normalmente algún monje o escriba. La consecuencia era que fuese impensable la compra de un ejemplar de mediana calidad por nadie que no fuera un auténtico privilegiado, con mucho interés, dinero, influencia y capacidad de espera. Por darnos hoy una idea, el que un estudiante, por rico que fuera, tuviera un libro de su propiedad era algo entonces inconcebible.

La aparición de la imprenta por un lado fue un avance fundamental para nuestra civilización al conseguir, nada más y nada menos, una fácil reproducción y una rápida difusión de los saberes antes solo en posesión de pocos. El invento, por otro lado, relegó a los copistas a un rincón nostálgico, sentenció al olvido a los hermosos y personales trazos caligráficos, a las iluminaciones particulares de libros, a las capitulares únicas, a las imaginativas soluciones que justifican cada línea de cada párrafo, a los "autores" que se dedicaban a copiar. Sentenció al ocaso a los libros considerados como preciosas obras de arte de singular realización.

La importancia de esta fundamental invención, el extraordinario paso que aportó este nuevo método de reproducción de ejemplares para la cultura universal, sorprendentemente nunca sería conocido por Johann Gutenberg. Sucedió que el hoy histórico e indiscutible inventor tuvo un conflicto con sus socios que le llevó a abandonar su imprenta y retirarse. Moriría poco después, desgraciadamente sin ver en la calle ninguna obra acabada y por supuesto sin saber las consecuencias de su gran avance técnico. Según los datos de que disponemos, Gutenberg dejó su taller en manos de Johann Fust (1400-1466), del que no se sabe muy bien si era socio impresor, mecenas o ambas cosas. Éste, junto con Peter Schöffer, es el que puso punto final al Salterio y a la obra magna de Gutenberg hoy conocida como la "Biblia de 42 líneas".

Se dice que, una vez terminada esa hoy famosa Biblia, el Sr. Fust viajó a París para venderla. Un cliente sabedor de la oferta la compró. Debemos reparar en el hecho de que la Biblia de 42 líneas tenía la total apariencia de libro "hecho a mano al 100%", con su tipografía gótica que imitaba la caligrafía al uso realizada con pluma de oca y estaba adecuadamente completado con acabados artesanales, detalles

dibujados, que simulaban un origen manual, es decir, el conocido hasta entonces. Insistimos en que ese aspecto no se debía en principio a ninguna intención extraña o interesada por parte del productor sino a que hasta ese momento simplemente no se imaginaba nadie una manera de “escribir” un volumen más que de manera artesanal y, por tanto, con esa apariencia.

Un nuevo cliente acudió al reclamo de la oferta de Fust y no tuvo problema para obtener una segunda biblia más. Y vino otro y otro más y todos se fueron con su ejemplar “único” bajo el brazo. Pero no tardó mucho en ser la Inquisición (creada en Francia en 1249, para combatir la herejía de cátaros y albigenses) la que dando con su paradero, apareciera, llamando a su puerta. Fue detenido acusado de brujería. Disponer de esa cantidad de biblias idénticas era algo más que sorprendente y admirable: era impensable y enigmático para cualquiera de aquellos tiempos. Fust fue entonces cuando tuvo con sus explicaciones que descubrir que su origen era un ingenio admirable creado por un antiguo socio suyo llamado Gutenberg, un nuevo método de impresión que permitía aquella multiplicación. El invento de la imprenta, según esta historia, así se hizo público.

Fust-Faust

Existen opiniones variadas, algunas fundamentadas y otras no, sobre la leyenda de Fausto, o incluso su nombre, como provenientes de Fust y este episodio con la Inquisición, convertido en el mito popular de alguien que mediante tratos diabólicos consigue sabiduría y poder.

Diversos datos biográficos nos ubican a Johann Fust, al que su otro socio y después yerno Peter Schöffer cita con el nombre de *Faust* en 1506, como miembro de una familia burguesa de Maguncia.² Este dato está documentado, pero existe otro nada descartable por el que el origen del mito es un alquimista de la época de la que hablamos, Johann Georg Faust, muerto en un experimento químico en 1540.

La leyenda de un personaje llamado Faust que realiza un pacto con el diablo, tenga o no su origen en lo citado antes, aparece en las representaciones de títeres de cómicos ambulantes, en el lenguaje de la “subcultura”, pocos años después de

² En 1506 Peter Schöffer, al dedicarle la traducción alemana de “Livy” a Maximiliano I, el Sacro Emperador romano, nombra al abuelo de Fust con el apellido Faust, desde ese momento asumido sin problemas por la familia. También en el árbol genealógico de la conocida familia Faust de Aschaffenburg figura Johann Fust.

la invención de la imprenta³. Parece que los primeros brotes de este personaje surgen en la luterana ciudad de Frankfurt en la crítica época de principios del siglo XVI, en que es un hecho la decepción sobre las expectativas del conocimiento y real la sensación de fracaso del antes prometedor Renacimiento.⁴

En 1587 se publicó el llamado "Fausto de Spies" o "Volksbuch", el primer libro sobre este mito, de autor anónimo, por parte del librero Johann Spies, de Frankfurt. Tuvo un enorme éxito popular en Alemania y otros países europeos. Narraba la historia de un practicante de magia negra que invoca al Maligno y le solicita que se ponga a sus órdenes. Con Mefistófeles, un súbdito de Satanás, realiza un pacto por el que le obedecerá durante 24 años a cambio de su alma al término de su misión. Sólo cuatro años después, en 1592, Christopher Marlowe, contemporáneo de Shakespeare y Cervantes, escribió *The tragical history of Dr. Faustus*, de clara inspiración en el libro de Spies.⁵ En 1650 Rembrandt dedica un grabado a este ya paradigmático personaje.

Goethe publica la primera parte de su Dr. Faust en 1808 y póstumamente en 1833 se editará la segunda, obteniendo entonces una tremenda repercusión que dura hasta nuestros días. La figura que ofrece Goethe de Fausto es la de un filósofo racionalista dispuesto a arriesgar incluso su alma por ampliar el conocimiento humano. No le importará condenarse con tal de conseguir la inmortalidad. A través de este personaje el autor reflexiona sobre su paso por este mundo, una vez dedicada su vida a los demás, y obtenido lo que él considera un insuficiente reconocimiento de su dedicación y tremendo esfuerzo.

Indudablemente el Dr. Fausto simboliza dentro de un nivel popular el afán de riqueza e inmortalidad, la búsqueda de lo material. Siempre a Fausto se le ha relacionado con mitos como Don Juan, por el pacto con el diablo así como con el Dr. Frankenstein y su atrevimiento al pretender compararse con el poder de

³ Siguan, María, "Fausto y Don Juan. Mitos polivalentes", en el libro de Gimber, Arno "Fausto en Europa". Editorial Complutense 2009. Pág. 20.

⁴ Según Eva Manethová, el doctor Fausto es un personaje centroeuropeo, que tanto los alemanes como los checos reconocen como suyo.

⁵ La historia impresa de la obra teatral de Christopher Marlowe es bastante curiosa. Su primera publicación data de 1606, casi once años después de la muerte de Christopher Marlowe, y doce después de su primera puesta en escena.

creación de Dios.⁶ De poco le vale a Goethe señalar que para su personaje lo principal, por encima de lo celestial, es siempre el saber, el conocimiento. El autor insiste en ese tema, muy probablemente implicado personalmente después de una larga e intensa vida de trabajo intelectual. No es nada aventurado considerar aquí su idea de inmortalidad como una metáfora, como una referencia abstracta. Podemos contemplar que Goethe no plantea como ambición de su personaje la vida eterna en su sentido físico sino en el de permanencia de su obra y su figura en la historia, de logro y registro de una trayectoria provechosa, de reconocimiento para la acción humana que considera dedicada a los demás. El gran autor alemán por medio de esta obra aborda un tema universal, fundamental para quien se plantea en esta vida realizar algo o intervenir en el desarrollo de su sociedad, en fin, dejar constancia de su paso y trascender.

Se debe aquí recordar que el subtítulo del Frankenstein, de Mary Shelley es significativamente “el moderno Prometeo”. Al hilo de este apunte, se puede reparar en la idea del héroe griego, infractor sacrificado por el beneficio de los otros, es la misma que la del Fausto de Goethe. Siendo la razón del transgresor realizar su incorrección por el bien del mundo, finalmente Goethe salvará al Dr. Fausto de su condena.

Los avances y su proceso de aceptación

La historia con que hemos iniciado esta reflexión, sobre Fust y los comienzos de la imprenta relacionando los nuevos avances con el trato con lo oscuro, lo prohibido y condenable, los motivos de las creaciones con turbios intereses personales, no parece pues muy alejada aquella historia de la deriva diabólica de Fausto. Se puede encontrar, además, una explicación paradigmática del modo en que los avances de nuestra civilización topan con determinados mecanismos de defensa que poseen los colectivos sociales, de las maneras de integración de novedades que han provocado la desubicación de lo hasta entonces establecido, de cómo un nuevo ingenio puede caer bajo una grave duda social e incluso una condena moral.

Podemos observar este proceso en aquellas figuras de nuestro imaginario, tanto históricas como inventadas, que se han planteado desafíos científicos o artísticos, que se han adentrado en aventuras para expandir los límites de nuestra

⁶ Siguan, María, “Fausto y Don Juan. Mitos polivalentes”, en el libro de Gimber, Arno “Fausto en Europa”. Editorial Complutense 2009. Pág. 20

civilización y que se han tropezado con serios reparos sociales. Desde el mito de la Torre de Babel a Galileo, del Hombre Invisible a Alfred Einstein, desde Hypatia a Charles Darwin, desde el capitán Nemo a Stephen Hawking, multitud de personajes, reales o ficticios, han encontrado una resistencia, cuando no una condena tanto divina como humana, ante su osadía, su provocación a la normalidad, ante su intento de traspasar las fronteras conocidas.

Cualquier avance real a lo largo de la historia ha debido pasar, para ser aceptado técnica y socialmente, por un procedimiento riguroso, que comienza por la demostración de la capacidad de copia e imitación de lo que se propone sustituir. Hay muchos ejemplos, pero se puede observar ese curioso ritual de aceptación, sin ir más lejos, en la aparición de la fotografía, al ser presentada a mediados del siglo XIX ante la Royal Society de Londres como una “máquina de autodibujo”, capaz de representar la realidad sin más que una pequeña ayuda humana. Tanto Daguerre, que era un artista, como Niépce y Talbot planteron su invento muy sensatamente como una herramienta para sustituir la mano del hombre en el dibujo.

Quizás la sociedad exige a cada propuesta nueva un certificado de solvencia y de garantía, que permita un socorrido regreso al pasado en caso de fracaso. Comprobado esto, las invenciones podrán tomar vida propia, sustituyendo a los anteriores en determinados aspectos en que los superaban obviamente pero no anulándolos en otros. La fotografía en absoluto sustituyó al dibujo en sus aspectos artísticos puros, pero sí lo hizo en múltiples, amplias e importantísimas representaciones de las que antes se ocupaba el trazo del dibujante.

El libro y la electrónica

Hoy en día estamos asistiendo a un proceso social similar ante el gran aporte de los avances de la electrónica dentro de los usos cotidianos. Si el ordenador comenzó siendo un misterioso aparato para usos científicos, hace tres décadas pasó a ser una máquina personal. Su posibilidad de realizar complicadas combinaciones, de cara al usuario ciudadano, se tradujo primero en calculadoras y diversos juegos para pasar después a la aparición de multitud de aplicaciones informáticas que imitaban distintas habilidades. Hoy en día Internet ha multiplicado de manera increíble las combinaciones de sus posibilidades, al añadir a sus aspectos el de ser una máquina de comunicación de incalculables fronteras.

Eligiendo una de las grandes sustituciones que las que es capaz la electrónica, el libro, que es el ámbito en el que comienza esta reflexión en curso, se puede observar que su mundo ha mirado con especial suspicacia, cuando no con terror o con absoluta condena, este avance. La “amenaza electrónica” se ha visto respondida por los defensores del libro acusándola de gratuitamente provocadora de la crisis de los tradicionales y hermosos compañeros impresos del hombre, de ignorante y despectiva con su clásica función y utilidad, de impositiva de un neutro y anodino soporte sustitutivo como es una pantalla, de imprudentemente permisiva con el acceso de quién sabe a qué cosas, de ofrecimiento de un extraño marketing, de una dudosa por no decir nefasta comercialización, etc. Resumiendo, creando una enorme inquietud ante la gente en general ante la que se augura un apocalipsis libresco.

Es, quizás, el momento de volver sobre nuestros pasos, echar una ojeada a Gutenberg y recordar que su hallazgo nos proporcionó el que los escritos fueran reproducidos y difundidos, el que desde entonces el mundo fuera diferente y abierto con la multiplicación de la información y la cultura y, por tanto, que la ignorancia y la desigualdad tuviesen más difícil su imperio.

Hoy, sin duda alguna, muchas funciones que realizaban los libros son ofrecidas por la electrónica con revolucionarias e inusitadas perspectivas, con nuevas facilidades e inabarcables posibilidades. Ahora muchos aspectos de los libros alcanzan con estas tecnologías una extensión en su difusión y una inmediatez de comunicación de dimensiones siderales, incomparablemente mejor de lo que lo hacían sin ellas. El libro como objeto, además, no vive hoy un declive sino un gran esplendor. Cualquier entendido reconocerá que hoy podemos encontrarnos con los libros mejor editados de la historia. Esto es rigurosamente cierto, aunque los libros de tal perfección y calidad son muy caros, como siempre lo han sido este tipo de producciones.

La electrónica ha hecho cambiar, eso sí, el sentido y finalidad de los libros. Labores que antes cubrían las ediciones impresas de manera normal, como la comunicación de información, el archivo de datos, la recogida de imágenes, etc., hoy son realizadas mejor en general, con mayor calidad y de manera más económica y rápida, por la electrónica a través de Internet. Una enciclopedia o un archivo, que hace dos décadas simplemente se encontraban necesariamente en formatos de papel y encuadernados, ahora son objetos de curiosidad en una estantería. Una búsqueda de datos, de imágenes, que antes exigía tiempo y

disponibilidad de espacios concretos, la realiza cualquiera en unos segundos desde un ordenador o desde un smartphone.

Para concluir, remarcar que la intención de cualquier creador siempre es y será obviamente el traspasar límites. Como transgresor deberá, cuanto antes, y más le vale, demostrar su intención y resultados beneficiosos para la sociedad, ya que entretanto muchos le considerarán un delincuente.

(Imágenes en la página siguiente)



Gutenberg: Biblia de 42 líneas.



El Mago Alquimista Joannes Faustus.



Rembrandt: Dr. Faustus (1650).



Gutenberg: tipos.